

Fernando Vallespín (Editor)

Historia de la Teoría Política, Tomo 5

Alianza Editorial, Madrid, 1993.

El quinto tomo de la "Historia de la teoría política", de Alianza Editorial (penúltimo de la colección), se ajusta plenamente a la idea germinal que inspiró este ambicioso proyecto: la convicción en torno a la inviabilidad de un pensamiento político que no sea consciente de su propia historia. En esa medida, sólo buscando anclaje en las fuentes de la tradición espiritual es como puede alcanzarse la aprehensión del complejo entramado de las problemáticas actuales, con todos sus desafíos. Pero si no hay más camino que el de sondear en las raíces para poder asumir la heterogeneidad de lo contemporáneo, de manera correlativa es únicamente desde el actual nivel de reflexión como puede releerse la historia del pensamiento político, sin que ello quiera decir que la materia en cuestión se vea reducida a un conjunto de piezas apriorísticamente funcionalizadas respecto de los resultados del presente. Allí, por supuesto, entran en juego las distintas ópticas metodológicas —desde las que ven el proceso del pensamiento en una perspectiva lineal, pasando por el materialismo histórico, hasta las más recientes escuelas semiológicas— respecto de las cuales el proyecto editorial de marras no toma partido, respetando así la autonomía de la vasta gama de colaboradores que participan en él. Ahora bien, si la compilación que comentamos guarda un bajo perfil en punto a innovaciones metodológicas, no es así en lo atinente a la originalidad de destinarle un amplio espacio a la historia del pensamiento español e iberoamericano, cosa que la hace especialmente atractiva para los estudiosos de nuestro continente.

En cuanto al quinto volumen, de reciente aparición, la temática se con-

centra en la evolución del pensamiento conservador desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días (aunque se incluyen allí, con un criterio clasificatorio que resulta bastante polémico, el caso de Nietzsche y del populismo latinoamericano). Dicha evolución pone de presente un motivo recurrente en la idiosincracia del conservadurismo: el de la reacción ante el cambio, el del rechazo de la superación o destrucción de lo anterior con el consiguiente esfuerzo por recuperarlo y mantenerlo, máxime si se trata de la estructura de valores privados; la institución familiar, la religión, la moral. Ello es evidente ya desde Edmund Burke, el padre del conservadurismo moderno, con su rechazo de la Revolución Francesa, de la que descalifica el prurito de la destrucción, el superficial deseo de volver a comenzar partiendo de cero y la ingenua fe en la razón (respecto de todo lo cual él contrapone el sentimiento, el hilo vertebrador de la costumbre y una concepción organicista del "cuerpo" social donde los cambios son sólo reactualizaciones ineludibles, lentas y ajenas a todo traumatismo, ingredientes todos que cree ver en el iter del tradicionalismo inglés por oposición al revolucionarismo francés).

Ahora bien, el recorrido del pensamiento conservador como fenómeno reactivo estaría funcionalizado respecto de los momentos axiales del proceso y la reflexión políticos de la modernidad: en primer lugar, la emergencia del liberalismo con su afán de limitar el poder del Estado mediante el derecho (ante el que reaccionarían Burke —aunque sólo en parte, sólo en lo atinente al entusiasmo racionalista y revolucionarista del primer liberalismo, pero en ningún

caso en lo relativo a la limitación del poder ni a la apuesta por los derechos civiles—, y, sobre todo, el conservatismo autoritario de un Donoso Cortés —que tanto influenciaría a Karl Schmitt—manifiesto en su desprecio por la clase burguesa como "clase discutidora"; en segundo término, la simbiosis entre liberalismo y democracia alcanzada mediante el reconocimiento del sufragio universal (fenómeno cuyo contrapunto conservador sería la aparición de la sociología elitista, por una parte, y del decisionismo de Karl Schmitt, por la otra); tercero, la Revolución Soviética, con la consiguiente amenaza de una extensión universal del socialismo (resistida violentamente por el fascismo); y, finalmente, la consolidación del Estado de bienestar keynesiano, con su intervención en el proceso económico y su reconocimiento de latas garantías sociales (cuya más clara contrapartida han sido el neoliberalismo de la Escuela de Austria —el cual no es estudiado en el tomo que comentamos— y el neoconservadurismo norteamericano de Berger, Novak y Kristol, entre otros).

Además de Burke, resultan emblemáticas para el cuerpo teórico del pensamiento conservador moderno la teoría de las élites de Pareto, Mosca y Michels, la fundamentación decisionista del proceso político de Schmitt (que le insufló un significativo respaldo doctrinal al fascismo), y las elaboraciones neoconservadoras de la sociología norteamericana más contemporánea. En efecto, cada una a su manera, ha tenido una influencia decisiva en el proceso político del siglo XX.

La teoría de las élites, en sus diferentes versiones, pero en particular en la de Robert Michels, aportó elementos muy valiosos tanto para la compren-

sión de la dinámica política al interior de las organizaciones burocráticas (Estado, partidos) —entroncando con los trabajos de Weber en esa misma dirección—, como para discernir el lugar y relación de éstas con la sociedad de masas y para calibrar las posibilidades de la democracia en medio de semejante entramado.

Preocupación central en el pensamiento de los elitistas fue el impacto causado por la masificación, fenómeno derivado del desarrollo de las relaciones de mercado y del proceso de industrialización, en la medida en que se trata de factores que destruyen las estructuras jerárquicas de la sociedad tradicional. Dicha destrucción echa por tierra las relaciones de dependencia personal sustentadas en privilegios de sangre, raza, dignidad y honor e iguala a los individuos, separándolos e independizándolos de la organizabilidad comunitaria típicamente premoderna y arrojándolos en el huérfano anonimato de la masa. Pareto y Mosca no ocultan su desprecio por esta última, y se adelantan a contraponer la idea de élite, entendida como minoría privilegiada, fatal e ineludiblemente existente y fatal e ineludiblemente llamada a dirigir. Ahora bien, las debilidades derivadas de la excesiva generalización y de la ausencia de sustentos empíricos de la teoría, fueron corregidos, por lo menos en parte, tras el estudio sistemático de la estructura organizativa del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) realizado por Robert Michels. De sus conclusiones se desprende tanto un giro como una especificación del planteamiento: es inherente a la estructura de las organizaciones burocráticas la existencia de una minoría directiva que se alza con el poder y que genera unos intereses que se autonomizan respecto de los objetivos originales de la organización. En ese marco, por supuesto, resulta imposible la existencia de la democracia entendida como gobierno de las mayorías. La importancia de esta conclusión de Michels descansa en el desplazamiento que supuso para la discusión sobre la temática democrática, desplazamiento encarnado por la teoría competitiva de la democracia de

Joseph Schumpeter, en un primer momento, y por la noción de poliarquía de Robert Dahl, posteriormente: la democracia es un puro método de gobierno (procedimientos ciertos con resultados inciertos, como diría Adam Przeworski) y la clave de su vigencia no descansa en que no haya élites sino en que haya pluralidad y plena competitividad de y entre ellas para que la masa de ciudadanos pueda escoger a la hora de concurrir a las elecciones.

Ahora bien, en cuanto al pensamiento de Karl Schmitt, hay que decir —y de ahí su filiación con el fascismo— que se encuentra en las antípodas de la democracia moderna. En efecto, si ésta se entiende como el conjunto de reglas de juego en el que se desenvuelven élites competitivas, eso quiere decir que hay un consenso ciudadano previo respecto de esas reglas independientemente de sus resultados (de nuevo, procedimientos ciertos con resultados inciertos) y, por ende, una asunción de la política como composición y no como guerra. Para Schmitt, en cambio, el criterio definitorio de lo político es precisamente la distinción entre amigo y enemigo, lo cual nos lleva, en una perspectiva hobbesiana, al problema de la inseguridad permanente y, por supuesto, a la hiperestésica búsqueda del orden. Pero, además, dado un tal contexto apriorístico de confrontación, ese orden no puede entenderse a la manera kelseniana como un mero conjunto de normas jurídicas, sino como voluntad política, como decisión. En consecuencia, para Schmitt el orden jurídico descansa no en una norma, como sostenía Kelsen, sino en una decisión; y, correlativamente, la esencia de la soberanía estatal no es el monopolio de la coacción sino el monopolio de la decisión.

Finalmente, en lo atinente al neoconservadurismo, hay que decir que se trata de una corriente sociológica, política y cultural, que centra sus preocupaciones en lo que observa como una “crisis de las sociedades burguesas del capitalismo” y en particular, de la sociedad norteamericana contemporánea. La identificación de dicha crisis arranca fundamentalmente de los influyentes trabajos de Daniel Bell (en especial de

“Las contradicciones culturales del capitalismo”), donde la atención se centra en lo que se percibe como la progresiva destrucción de la ética puritana que dio aliento al desarrollo capitalista norteamericano, como consecuencia, paradójica, de la evolución alcanzada por ese mismo capitalismo al pasar de su primigenia versión liberal a la de consumo, vigente al presente. En efecto, el capitalismo de consumo, apoyado en las tarjetas de crédito, está haciendo nugatorios los valores puritanos de la austeridad, el trabajo, la disciplina y, por supuesto, la abstinencia y el ahorro, dando rienda suelta a un hedonismo consumista que ellos describen como la “moralidad de la diversión”, donde ya no es necesario abstenerse ni postergar la satisfacción pues siempre estará en la mano el expediente del pago por cuotas. Esto, junto con el keynesianismo (que ha alentado la idea de estimular la economía a través de la demanda, es decir, del consumo y no de la producción) y con la existencia de un sector cultural y político liberal de izquierdas (en particular los llamados “comunitaristas” o “contextualistas” como Michael Walzer, Charles Taylor o Alasdair MacIntyre), son los tres factores disolventes a enfrentar. De lo que se trata pues, es de conservar el individualismo radical en la economía pero eliminar el individualismo radical en la cultura que el primero ha generado, porque se teme que éste termine acabando con la lógica del funcionamiento de la economía capitalista y con su expresión política democrático-representativa. Para el efecto se propone el fortalecimiento de la ética judeo-cristiana (en lo que se muestra especial inclinación por su versión católica, como en los casos de Novak y Kristol); el aligeramiento del Estado de sus responsabilidades económicas (aunque en un sentido menos radical que el planteado desde las filas neoliberales); y, finalmente, la lucha contra “la cultura adversaria” de los comunitaristas, mediante asociaciones o *think tanks* dedicadas a la difusión del cuerpo doctrinal neoconservador.

Julio R. Quiñones P., politólogo.